

José María Ferrero, un personaje inolvidable

FLOREAL MOLTO (PERIODISTA DEL CIUDAD DE ALCOY)

Su prematura muerte fue como una mazazo para todos cuantos le conocíamos y que además presumíamos de ser sus amigos. José María Ferrero ya se había convertido en uno de los compositores más admirados del orbe festero - de los Moros y Cristianos - cuando un accidente de tráfico le arrebató la vida.

El compositor repetidamente galardonado en certámenes y concursos musicales fue el abanderado de una época, una de las personalidades más representativas dentro del resurgimiento de la música festera, movimiento al que aportó un estilo propio y profundamente popular. Su celebrísima marcha mora "Chimo" se convirtió hace casi treinta años en un fenómeno sin precedentes en el mundo de la Fiesta.

La década de los 60 creo que fue la más brillante de José María Ferrero como compositor, porque vino a romper algunos cánones establecidos hasta entonces, y en estos años creó - en mi opinión - las más hermosas marchas moras del maestro. "Mozárabes 1960", "El Berberisch", "Marrakesch", "Chimo" y "El Kábila", una composición que pu-



José M^º Ferrero y la banda de Ontinyent acompañando a la filà Marrakesch

so el Teatro Calderón de Alcoy boca abajo cuando el jurado le concedió el primer premio del Concurso de Música Festera.

Pero no es el Ferrero músico, impulsor y director de la Banda de Música de Ontinyent, o de su Conservatorio, el que me ha quedado grabado en el recuerdo sino la personalidad humana de José María, que era excepcionalmente rica. Le conocí gracias a un amigo común de ambos, Antonio Lacueva, que después de la muerte del maestro fue su biógrafo. Desde entonces seguimos cultivando esta amis-

tad, siempre bajo la mirada atenta y vigilante de Lacueva, por culpa de mi inveterada costumbre de provocar polémicas de sobremesa con José María, un combate dialéctico que el maestro de Ontinyent siempre ganaba aunque en la realidad los dos sabíamos que estábamos de acuerdo.

Dos deseos suyos nunca podrán cumplirse, el primero porque logré convencerle de su inconveniencia y el segundo, porque las circunstancias no lo permitieron. En una ocasión, cenando en la Venta del

Pilar cuando la dirigía el también inolvidable Pepe Olcina, José María me espetó, de repente: "Floreal, ¿tú a cuál filà de Alcoy sales?". "No soy festero, José María. ¿Por qué me lo preguntas?". "Porque me gustaría dedicarte una marcha mora". La oferta me llenó de orgullo, y más aún cuando yo, en asuntos de la Fiesta - las lenguas viperinas y de triple filo dicen que en los demás, también - me siento mahometano por los cuatro costados. Tuve que negarme en redondo por una serie de razones que José María entendió, pero su generosidad hacia mi persona me llegó a lo más profundo del alma. Tampoco pude aceptar, por cuestión de agenda, las repetidas invitaciones que me hizo Ferrero para participar en una "torrà de xulles" en la casita o refugio que tenía en la sierra de Mariola, creo que para practicar la caza.

Admiré profundamente a José María Ferrero. Como compositor y, sobre todo, como persona. Nuestros esporádicos encuentros servían para reforzar los lazos que unen a dos poblaciones tan singulares y propias como son Ontinyent y Alcoy. Disfruté de la amistad de un ilustre personaje, que aún tengo vivo en el recuerdo.